

## LA ISLA DE EMA

### Por Nazca

Me llamo Ema. Soy la menor de cinco hermanos. Nací en una pequeña isla en el Océano Pacífico, un diminuto punto en el infinito azul salado. A pesar de sus limitadas dimensiones, ese era todo mi mundo cuando era tan solo una cría. No conocía nada más que las olas susurrantes que rompían en mis pies desnudos, el coral que cortaba mi curtida piel y la tierra donde sembrábamos nuestro alimento.

Me recuerdo recolectando conchas y pequeñas caracolas para mis efímeras creaciones de arte, obras que el océano descolocaba y arrastraba, recuperando así lo que me había ofrecido durante unas horas. Me distraía tanto con aquella actividad que alguna vez me gané alguna reprimenda de mi madre, por no estar a la hora de la comida o volver sin el encargo que me había delegado.

En los momentos en los que compartíamos la comida en familia, mientras mi madre hablaba sobre la importancia de la responsabilidad, mi mente me había trasladado a una embarcación en la que surcaba aguas desconocidas rodeando fascinantes islotes y, justo en el instante que iba a saltar de mi pequeño navío a tierra firme, mi madre exclamaba:

- ¿Has escuchado algo de lo que te he dicho?

Mi abuela Mahuru se reía intensamente, con una risa que tocaba el alma, elevaba el trino de los pájaros y equilibraba la tensión del monólogo materno.

- ¿No te das cuenta de que nuestra niña es una pequeña guerrera, una guerrera de los mares? Déjala ser.

Mi progenitora miraba a mi padre esperando su respaldo, pero él mantenía la mirada en su plato, ausente en sus propias ensoñaciones y simplemente asentía con la cabeza, ajeno a lo que se discutía en la mesa.

A pesar de todas mis responsabilidades, que no eran escasas, crecí soñadora, artista de la naturaleza y luchadora. Seguía confabulando grandes conquistas dentro de embarcaciones robustas creadas con mis hilos de sueños, sin olvidar por ello mis quehaceres. Sembraba en el huerto familiar, recogía el agua del pozo, regaba las plantas que emergían, recolectaba los frutos obtenidos y alimentaba al ganado.

Pensé que nos mantendríamos siempre en esa sólida y amable estabilidad. Sembraríamos nuestra tierra, cuidaríamos de nuestro ganado, veneraríamos a nuestros dioses, realizaría mis obras sobre la arena y todo seguiría tal y como yo recordaba desde que tenía uso de razón. Sin embargo, con el tiempo, las cosas empezaron a cambiar. Al principio fueron variaciones sutiles, casi imperceptibles. En la época de lluvias se redujeron las precipitaciones, lo cual a mí me alegraba sobremanera porque me sentía más cómoda bajo el sol que bajo la lluvia. Brotaban flores a destiempo y aquella magia inesperada, aquel giro de la naturaleza tan bello, hacía que entonara melodías más hermosas y que mis esculturas marinas fueran aún más espléndidas.

Un año, en la época seca, comenzó a precipitar de una manera torrencial, lo que provocó que parte de nuestra casa se hundiera abnegada en agua, la cosecha se pudriera en una laguna y tuviéramos que empezar prácticamente de nuevo. Por nuestro carácter optimista, nada de eso nos amedrentó, más bien nos alentó a que trabajáramos con más ahínco, al fin y al cabo, aquella era nuestra forma de vida y nuestra subsistencia dependía de nuestro trabajo diario.

Pasados tres años, en la estación lluviosa, se sucedieron noventa días sin una gota de agua. Nuestras fuentes y pozos comenzaron a secarse, nuestras reservas hídricas se fueron consumiendo, nuestra huerta yacía amarilla, nuestros animales se mostraban

escuálidos y la isla iba perdiendo el aroma a *Tiare*. Mis padres agotaron su buen ánimo, sollozaban y se lamentaban, repetían incesantemente que moriríamos de hambre si seguían así las cosas. Yo miraba desolada nuestras plantas y animales casi inertes, mas lo que realmente me tenía arrebatada era la casi imperceptible crecida del océano.

Lo sabía a ciencia cierta porque desde hacía un tiempo ya no podía sentarme en mi roca favorita a contemplar ni los atardeceres de naranjas vivos, ni los de plomo rebosantes de lluvia. Cuando la marea era alta aquella roca ya no quedaba al descubierto y yo presentía que el mar se acercaba cada vez más a nuestra cabaña. Medía la distancia del agua a nuestra vivienda con pasos diminutos e intranquilos o con zancadas pausadas y enormes, cada vez quedaba menos espacio para colocar mis creaciones.

En un primer instante pensé que todo eran ensoñaciones mías, que tal vez mi imaginación jugaba con la realidad, pero pronto toda la comunidad comenzó a hablar de ello. Mi abuela continuó cada noche haciendo sus ritos a los dioses y semidioses, rogando a *Maui* que protegiera la isla, a la diosa *Papa*, madre tierra, que devolviera la fertilidad al lugar donde las raíces debían arraigar y a *Rangi*, padre del cielo, que la lluvia se serenara cuando debía y descargara cuando fuera necesario para mantener la vida de nuestra isla. Contemplaba sus gestos con aire de asombro y escuchaba su soliloquio, cargado de cariño y fuerza, con orgullo. Si ella no conseguía volver a calmar a los dioses y devolver el equilibrio a la isla, nadie más podría hacerlo.

Cuando la situación se volvió insostenible mis padres tomaron la determinación de abandonar aquella tierra estéril, aquel hogar que había visto nacer no solo a mí y todos mis hermanos, sino a mi propio padre. Sentimos el dolor de una flor arrancada de su rama sin permiso. Empacamos nuestras humildes pertenencias y mis hermanos vinieron a ayudarnos en el traslado. Me agencí mis pequeños tesoros de nácar, para llevarme un poco de aquella costa de la que me alejaba, me senté en la orilla y contemplando mi roca supliqué poder volver a sentarme en ella cada noche para disfrutar del ocaso.

Mi madre lloró con lágrimas transparentes y gruesas, como las de una tortuga al desovar sus huevos, mi padre la abrazó impotente, como si abrazara a un árbol sagrado. Por mi parte, le sujeté la agrietada mano a mi abuela Mahuru, no la apreté fuerte, sino con la delicadeza con la que se roza el pétalo de una flor, para que entendiese que admitía que era la *diosa de la primavera* y que yo estaba allí para mimarla y cuidarla, independientemente de cual fuera el desenlace de lo que nos estaba sucediendo. El pequeño grupo que conformábamos, junto a los pocos animales que habían sobrevivido a la catástrofe, se trasladó hasta la nueva casa. Era igual de grande y bonita que la anterior, pero aun la teníamos que hacer y sentir como nuestra.

En mi nuevo hogar perdí el azul del océano, aunque gané el verdor de la montaña y el sonido del río surcando el terreno. Nuestros vecinos cambiaron. La tierra también era diferente, parecía más fértil, el marrón casi cenizo de la esperanza, esa tierra que manchaba y humedecía nuestras manos al hundirlas en ella. Anhelé que aquello que nos había acaecido no se volviera a repetir.

Más familias comenzaron a abandonar sus hogares cercanos a la costa y se asentaron, al igual que nosotros, cerca de la montaña. Contemplaba aquel incesante peregrinaje, veía los rostros compungidos de los vecinos, la pena por la pérdida de una parte de sus vidas, el hambre en los ojos de los animales y sentía que un fuego nacía en mis entrañas. Ya no era una niña que pasaba su tiempo haciendo esculturas en la orilla de una playa, ajena a lo que se sucedía a su alrededor, era una adulta con la necesidad de hacer que algo cambiase.

Una serie de pesadillas en las que una ola se tragaba la isla me llevó a la idea de poder organizar reuniones para reconfortarnos unas personas a otras, valorar las necesidades de cada cual y crear obras de arte con la naturaleza, como un proceso de construcción de belleza y lazos en comunidad. Se le vidriaron los ojos a mi abuela conforme le iba relatando mi idea, me abrazó diciendo que aquella sugerencia era fascinante.

Mi éxito fue muy limitado, al plantearlo a mi comunidad, las miradas fueron más bien reprobatorias y la mayoría argumentó carecer de tiempo para conversaciones y obras de arte. Me sorprendió y aterró aquella reacción. Las asambleas habían sido la forma de resolver los conflictos desde tiempo inmemoriales y ahora la gente parecía querer darle la espalda a lo que nuestras y nuestros ancestros nos habían legado.

Mi amiga Nani y mi hermana Ulani arrojaron mi idea y así fue como dieron comienzo los encuentros en nuestra casa, una tarde a la semana. Hablábamos de cómo nos sentíamos, de cómo echábamos de menos la cercanía al mar, de cómo habíamos perdido un poco el contacto con las olas. Usábamos conchas, algas, flores y hojas para reflejar entre las tres lo que nos sangraba interiormente. Mi abuela alguna vez nos acompañaba o nos observaba desde lejos, con su mirada enaltecida.

Una tarde, mi madre y una amiga se sumaron a nuestra charla. Aquellos momentos nos llenaban de bienestar, estrechaban nuestros lazos y nos daban motivación para la semana. Las empezamos a llamar las "Asambleas del Océano". Poco a poco el resto de la comunidad se fue involucrando. Tuvimos que buscar otro lugar de reunión fuera del hogar, no teníamos espacio suficiente para albergar a tantas personas. Habíamos conseguido tejer una red humana tan resistente al tiempo y a las inclemencias atmosféricas como las que usaban nuestros pescadores. Pensábamos en alternativas y decidíamos cómo dar soporte a aquellos individuos que se encontraban en una situación más desoladora.

En una estación seca arribó a nuestra isla una periodista fotógrafa. De vez en cuando aparecía alguien extranjero con ganas de conocer nuestro archipiélago y nuestra comunidad. Ann, que así se llamaba, tuvo pronto conocimiento de nuestras asambleas. Acudió a una de ellas como invitada, lo que alimentó su deseo de saber más sobre el origen de aquel movimiento. Le relaté mi historia de vida, le mostré la roca casi completamente sumergida bajo el agua y le hice un plano imaginario de dónde y cómo había sido mi primer hogar. Ella había sacado muchas fotografías, había hecho algunas

preguntas y, en general, me había prestado atención sin interrumpirme. Cuando finalicé mi relato me dijo que aquello que nos estaba pasando se debía al cambio climático y que estaba sucediendo en muchos otros rincones del mundo. Por primera vez en nuestra historia alguien puso nombre a lo que nuestra comunidad sabía que existía, pero aún no había denominado. Me sugirió que compartiera mi experiencia con otras personas de otros lugares, porque aquella red no tenía por qué quedarse solo en nuestra isla.

Publicaron nuestra historia en un periódico de reconocimiento mundial. El efecto no se dejó esperar. Algunos científicos vinieron a estudiar el alcance del problema. Parecía de crucial importancia demostrar que aquellos cambios que se estaban produciendo en el clima no formaban parte de un proceso natural o aleatorio, sino que eran consecuencia de la acción de las personas.

Veinte años después mi isla sigue encogiéndose. Muchos vecinos emigraron a otras islas más grandes. Los que aún quedamos, unos nostálgicos de nuestras raíces, de nuestra tierra y de nuestra cultura, mantenemos las "Asambleas del Océano". Actualmente no son tan grandes en número como antes, porque cada vez somos menos habitantes, pero se han extendido a otros archipiélagos del Pacífico. Hablamos de cambio climático, de soluciones, de proteger nuestras islas, de expandir lo que sabemos y de recoger lo que otras personas saben. Los conocimientos hay que compartirlos, si no se mueren con nosotros. En el compartir está la riqueza, la sabiduría y la esperanza de este mundo.

Me encuentro aquí, en el primer avión al que he subido en mi vida, abrochando mi cinturón de seguridad. Aún tengo que subir a otro avión más, sobrevolar mi amado océano y llegar a la Cumbre sobre el Clima en Chile. Por alguna extraña razón alguien piensa que tengo cosas importantes que decir, que la voz de una humilde isleña será escuchada por los detractores del cambio climático, por los escépticos y los que quieren

ocultar la evidencia, pero principalmente por los que creen que estamos a tiempo de frenar esta destrucción de la naturaleza.

Voy a hablar de denuncia, pero en especial de toma de conciencia y lucha, de cuidados a todos los seres vivos y al planeta. Todavía no sé cómo acabaré mi discurso, tengo quince horas por delante para eso, lo que sí sé es cómo voy a comenzar.

“Hoy estoy aquí, ante todos ustedes, para dar voz no solo a la gente de mi isla, sino a todas las personas desplazadas por causas climáticas. Cada segundo una persona abandona su hogar por este motivo. Desde que he empezado a hablar, catorce personas habrán abandonado su casa sin desearlo, porque el clima está cambiando descontroladamente y el segundo sigue avanzando. Necesitamos, debemos y queremos tomar conciencia del alcance de este problema global y buscar soluciones reales, porque para eso estamos todos y todas aquí, para proteger nuestro planeta, nuestra tierra y todo lo que lo habita...”

Contemplo una nube, me parece ver el rostro de mi abuela Mahuru entre las formas cambiantes de la bóveda celeste. Me sonrío y susurra:

- Ema, mi querida guerrera, sabía que lo conseguirías.

Dejo caer mis párpados y le devuelvo el susurro, escapa de mis labios prácticamente imperceptible para mi compañero de avión, pero sólido para los oídos sabios de mi abuela.

- Mi querida Mahuru, gracias por dejarme ser.

#####

Ermuko Udal Liburutegia / Biblioteca Municipal de Ermua